

mós recibido de nuestros antepasados: cualquiera que toque el suelo francés es libre y disfruta de los derechos de una inviolable hospitalidad. Las víctimas de los disturbios que agitan á España, se han refugiado entre nosotros, y han sido acogidas con los miramientos debidos á la desgracia; pero no se les ha permitido conservar sus armas, y se ha respetado religiosamente el derecho de las naciones.

¿Ha procedido del mismo modo la España con la Francia? Nosotros tenemos hasta las listas nominales de los súbditos de S. M. Cristianísima, á quienes el gobierno español ha ofrecido empleos en los cuerpos

destinados á combatir contra su patria. Hubiéramos podido hacer recriminaciones, pero hemos preferido callar por amor á la paz.

Por otra parte, ¿hay bastante fundamento para pedir la disolución de nuestro ejército de observación, en los momentos mismos en que las tropas constitucionales españolas acaban de violar dos veces el territorio francés? Os he trasmitido, señor conde, en mi último despacho, las pruebas oficiales de este deplorable acontecimiento.

El estado de confusion en que se encuentra España compromete nuestros intereses esenciales, esa nacion



BENJAMIN CONSTANT.

declara que no quiere aplicar el oportuno remedio, y exige además que renunciemos á las precauciones que su revolucion nos obliga á tomar; es penoso verse precisado á hacer resaltar semejantes contradicciones.

En su solicitud por la prosperidad de la nacion española, y por la felicidad de un país gobernado por un príncipe de su familia, S. M. Cristianísima habia querido que su embajador continuase en Madrid, despues de la marcha de los encargados de negocios del Austria, de la Prusia y de la Rusia. Sus últimos deseos no han sido escuchados, y su última esperanza se ha visto frustrada. El genio de las revoluciones, que durante tanto tiempo ha desolado la Francia, ha dominado en los consejos de España. Pues bien: nosotros apelamos al testimonio de Europa, y esta dirá si no hemos hecho todo lo que era posible hacer para mantener con la España unas relaciones que con el mas vivo pesar nos vemos precisados á romper. Pero hoy, que todas las esperanzas estan destruidas, que la expresion de los sentimientos mas moderados, nos ha atraído nuevas provocaciones, no puede convenir, señor conde, á la dignidad del rey, ni al honor de la Francia, que residais por mas tiempo en Madrid. En consecuencia, el rey os manda pedir los pasaportes

para vos y para toda la embajada, y poneros en camino sin pérdida de tiempo, no bien os hayan sido entregados.

Os servireis notificar vuestra partida por medio de una circular, á nuestros agentes comerciales en los puertos y ciudades de España, y yo pondré en su conocimiento la voluntad del rey, cuando se reciba aquí noticia oficial de vuestra salida de Madrid.

Estais autorizado, señor conde, al pedir vuestros pasaportes, á entregar una copia de esta carta á M. de San Miguel.

Tengo el honor de ser, señor conde, con la consideracion mas distinguida, vuestro muy humilde y muy obediente servidor,

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand, á M. de la Garde.

Paris, 20 de enero de 1825.

He recibido ayer tarde, señor conde, por conducto de M. Jakson, vuestra carta del 13, en la que me comunicais que M. de San Miguel ha pasado una nota á S. William A'Court, para solicitar los buenos

oficios de la Inglaterra entre la Francia y la España.

Me apresuro á enviaros un nuevo correo (que espero, sin embargo, no os hallará en Madrid), para deciros que este nuevo incidente no debe impedir os ejecutar nuestras órdenes, pedir vuestros pasaportes y partir inmediatamente.

Vuestra presencia es un mal que es indispensable hacer cesar; lo que se os propone en Madrid, es lo mismo que el duque de Wellington nos propuso en París. Esto es una consecuencia del mismo plan: preténdese ganar tiempo, y envolvernos en negociaciones vagas y sin resultado alguno; el gabinete de San James quiere representar el papel de mediador, y au-

mentar á costa nuestra su influencia en España. Trátase indignamente á los enviados de la Rusia, Prasia y Austria, y se nos habla con algo menos de rudeza, porque se intenta separarnos de la alianza continental, y convertirnos en suplicantes de la Inglaterra cerca de las córtes: nada de esto puede convenir á nuestra política ni á nuestra dignidad.

Partid, pues, sin titubear, señor conde; si la España procede de buena fe, y quiere verdaderamente tratar, M. de San Miguel puede dirigirse directamente al gobierno francés, sin valerse de intermedios. M. de San Miguel puede escribirme por el correo, y tendré el honor de responderle, despues de haber recibido las órdenes del rey.



METTERNICH.

Os he mandado, señor conde, escribir una circular á nuestros cónsules, anunciándoles vuestra marcha. Por mi parte hago preparar las instrucciones que les enviaré en el caso de que llegue á estallar la guerra.

Esta carta es únicamente para vos, y á nadie debe ser comunicada; si la recibis todavía en Madrid, y se os pregunta por qué os alejais, cuando se os propone una negociacion, responderéis que la Francia, que no puede aceptar una mediacion, no rechaza, sin embargo, los buenos oficios de Inglaterra; pero que M. de San Miguel debe tratar directamente, y conmigo, y finalmente, que vuestras órdenes no os permiten permanecer en Madrid.

Tengo el honor de ser, etc.

CHATEAUBRIAND.

M. Canning, á M. de Chateaubriand.

Londres, enero 21 de 1825.

Os doy mil gracias, mi querido vizconde, por vuestra extensa, franca y amistosa respuesta á mis cartas.

Voy á contestar á ella sin perder un momento, porque aunque tengo actualmente bastantes negocios pendientes de despacho, como podeis muy bien creer, nada conozco en todo el conjunto de la correspondencia de Europa que pueda compararse en importancia á la buena inteligencia de nuestros dos gobiernos; y no conozco base mas segura para establecer esta inteligencia que las comunicaciones seguidas y sin reserva con vos.

Para empezar por la parte de vuestra carta que se refiere á nuestro lenguaje á España, y á la importancia que dais á que usemos uno comun con la Francia (es decir, un lenguaje parecido al que la Francia emplea respecto de España, porque confieso que me habia expresado con alguna ambigüedad), os diré desde luego, y con entera lealtad, que estoy de acuerdo con vos en el primer punto, pero que me atrevo á diferir en el segundo.

El lenguaje que poneis en nuestros labios, como el que deseariais hubiésemos empleado, ¿qué es sino el lenguaje que hemos actualmente empleado? La España sabe claramente, así por su encargado de nego-



cios aquí y por sir W. A'Court en Madrid, lo que pensamos acerca de la imposibilidad de poner en ejecución la constitucion de 1812, y acerca de la utilidad (*expediency*) de prometer su revision, y estas opiniones han sido declaradas con menos reserva verbalmente por sir Fitz Roy Sommersset, que lleva consigo, por toda instruccion, un memorandum del duque de Wellington, en el que, si no se emplean vuestras mismas palabras, á lo menos no hay uno solo de vuestros sentimientos que deje de estar expresado. ¿Creeis que la España cuenta con nosotros para auxilios de armas y dinero? No ciertamente, yo os lo prometo. ¿Ignorais que sabiendo que no estaremos contra ella, tiene razones para lisonjearse de que estaremos en su favor, en una guerra contra la Francia? Estad seguro de que España no incurre en semejante error. Si este es vuestro refugio, despues de habernos visto hacernos justicia contra España de una manera que caracterizais de tan ruda (lo que no creo calificacion injusta), empleando la fuerza en un momento en que nos oponiamos con tal conducta á hacer coincidir nuestra agresion marítima contra las colonias españolas, con la irrupcion de un ejército francés en España, ¿cuáles no habrian sido vuestros temores y vuestras sospechas, si hubiésemos sacrificado los derechos de nuestro comercio y sus intereses al deseo de favorecer á España, y de dejarle (asi hubiera podido decirse) las manos mas libres para luchar contra la union de las potencias del continente? Paréceme que teneis razon al creer que esta conducta ha ofendido el orgullo español; pero á lo menos debe haber destruido, y asi lo ha hecho, la ilusoria opinion de que teniamos alguna idea de hacer causa comun con España.

Con mucha mas razon hizo suponer en los primeros momentos que estábamos unidos á la Francia, no solo en principios, sino tambien en la accion contra España; y para luchar con los restos de esta impresion y para impedir que volviese á renacer, nos hemos visto precisados á ponernos en guardia cuando al emplear (como ya os he asegurado) el lenguaje que nos dictáseis, evitamos sin embargo, usarlo de acuerdo con vos.

En realidad, ¿cómo podríamos hablar de acuerdo con vos, no hallandonos dispuestos á aceptar vuestras conclusiones, no teniendo (para consignar el hecho con lealtad), el mismo derecho que vos para adoptarlas? Vos decís á la España: «Tu sistema actual no solo es desagradable á la Francia, sino que es positivamente perjudicial á sus intereses, pues la obliga á vivir en una alarma continua y á tomar dispendiosas precauciones. Llegará un momento, y esto dentro de poco tiempo, en que, si no se cambia este sistema, debemos prestar una nueva atención á estas precauciones, y trocarlas en medios mas directos y eficaces.» Creo que no establezco mal vuestros argumentos, y no intento ahora discutir acerca de su exactitud y menos aun combatirlos; quiero únicamente haceros ver que vuestro argumento no es el nuestro, y que ni tenemos el derecho de emplearlo, ni el interés que vos creéis tener, el interés inmediato á su feliz aplicacion. Nosotros tenemos un interés general en que España y cualquier otro país de Europa esté bien gobernado, tenemos un interés general en que la paz de Europa, y particularmente la de la Francia y España, que esta en el inminente y en el mas grave peligro, pueda conservarse. Pero si vuestro interés en el perfeccionamiento de la constitucion española es tan grande que os creéis con el derecho de decir: «Corregidla ú os hacemos la guerra,» y si el nuestro, por otra parte, puede únicamente autorizarnos á decir: «Corregidla para vuestra propia utilidad, pues si asi no lo haceis, os anunciamos que os exponéis á una guerra con la Francia,» ¿la diferencia entre estas dos maneras de hablar al gobierno español, no es tan radical que hace imposible de todo

punto, usarlos de comun acuerdo? ¿No cambiaria esto esencialmente el carácter de uno ú otro gobierno? ¿No podria esto convertir vuestra amenaza en observacion, ó agriar vuestras observaciones hasta el punto de hacer de ellas una declaracion hostil? Y puesto que nosotros no abrigamos pensamiento alguno de hostilidad, ¿no hay mas probabilidades de ser escuchado favorablemente por España, observando con ella un tono en armonia con vuestras intenciones? Si el orgullo español es el obstáculo que se opone á una idea de concesion, ¿no es mas á propósito conservar abierta una via por medio de la cual la concesion pueda parecer hecha á la razon y no á la fuerza? Yo no os garantizo las eventualidades de buen éxito que presenta esta via, porque me he hecho mas desconfiado en mis esperanzas, y las cosas han tomado, lo confieso, un giro contrario á mis cálculos. Esperaba que el despacho del gobierno francés no seria expedido sino despues de los de las tres potencias, y he visto que se ha anticipado á ellos. Contaba mucho con el espacio de tiempo que habria de seguir á la partida de los tres encargados de negocios, permaneciendo todavia en Madrid el embajador de Francia, y esperando (de esta manera habia comprendido, pero equivocadamente, segun veo, el despacho de M. de Villele á M. de La Garde) algun nuevo hecho que motivase su marcha. Ahora parece que M. de La Garde debe seguir mas de cerca á sus tres colegas, manteniéndose casi en el mismo terreno. Creo que este cambio es funesto, pero no desespero todavia. No desespero, si continuais siendo favorable á la paz, y si vuestra exacta opinion acerca de los peligros que la guerra ofrece á la Francia, no cede á vuestra creencia de su facilidad y á vuestra anticipacion de su gloria. Pero confieso que algunos de vuestros remedios me alarman mas de lo que vuestros racionios me tranquilizan acerca del particular.

Cuando hablo de los peligros que la guerra ofrece á la Francia, no supongais que pretendo rebajar su fuerza ni sus servicios; esa nacion es tan fuerte y valiente como lo ha sido en todas épocas; es la mas rica y abundante en medios disponibles, de todas las naciones de Europa, y tiene todo lo que constituye el nervio de la guerra, si se quiere emplearla. Teneis, decís, «un millon de soldados prontos á acudir á vuestro llamamiento;» no lo dudo, y ese número es próximamente el duplo de los hombres que Napoleon perdió en España. Considerais segura una primera victoria, por lo menos; tampoco lo disputo. Supongo un ejército francés en Madrid, pero me atrevo á preguntaros: ¿Qué hareis, si el rey de España y las cortes estan entonces donde infaliblemente estaran, esto es, en la isla de Leon? Yo veo mucha guerra, si os decidis á declararla, pero no veo un principio legítimo ni un objeto fácil de distinguir. Desdenareis sin duda entrar en semejante guerra por la puerta falsa de una incursion accidental de las tropas españolas; querriais entrar de frente, con la causa de la guerra escrita en vuestras banderas. ¿Y cuál es esta causa? Debe buscársela en las notas y en los despachos de las cuatro potencias continentales, ó tan solo en las de M. de Villele? ¿Es una venganza por lo pasado, ó una seguridad para lo futuro? Sin duda rechazais lo primero; mas, ¿cómo obtener lo segundo por medio de esa guerra? Comprendo una guerra de conquista, comprendo una guerra de sucesion, una guerra para el cambio ó la conservacion de una dinastia particular; pero una guerra para la modificacion de una constitucion política, una guerra por dos cámaras y por la extension de su régia prerogativa, una guerra por tales objetos, en realidad no la comprendo, y no concibo cómo deben dirigirse sus operaciones para conseguir semejante fin. Vos seguramente no os proponéis propagar la carta como Mahoma el Alcoran, ó como en los primeros

tiempos de vuestra revolucion propagaba la Francia los derechos del hombre. Pensadlo bien. ¿No hay alguna reserva por parte de España, en no arrojaros estas cosas al rostro? ¿No podia, cuando se le dice que su cambio de constitucion ha hecho derramar sangre, querer compararla con 1789, 1792 y 1793? ¿No podia, cuando la Rusia la acusa de su cambio violento de gobierno, recordar al emperador Alejandro los acontecimientos que precedieron su subida al trono, y el tratado de Tilsit, que abandonó la España á Bonaparte? ¿No podia hablar á la Prusia de las promesas hechas y violadas por el rey, y de instituciones liberales? ¿No podia escuchar la llamada que hace el principe de Metternich á la antigua union de la España y Austria, y volviéndose á nosotros (si asistiésemos á este debate), decir que está pronta como la Inglaterra en 1688, á poner sus leyes y sus libertades á cubierto, mediante un ligero cambio en la dinastia reinante, y á colocar en el trono un príncipe austriaco con un poder mas extenso? En verdad que las disensiones que han servido como de prefacio á la guerra, son tan pedigas como la guerra misma. ¿Veis delante de qué audiencia litigais, y cuántas pasiones se sublevaron contra vos, y cuán poco simpatizan con vos? Al estallar la revolucion francesa, el carácter de Luis XVI atrajo en favor de este monarca á todos los hombres honrados de Europa. Mas por lo que respecta á Fernando, ¿no es bastante decir que en el parlamento inglés, no en su parte popular, sino en la cámara alta, y no por un orador faccioso, sino por un ministro del rey (hombre cuya moderacion y rectitud de juicio ensalzan sus mismos adversarios), este ministro dijo que la conducta de Fernando habia provocado la revolucion? ¿Y haceis la guerra para librar á semejante monarca de toda fiscalia? ¿Esperais tener de vuestra parte al género humano?

Juzgado de la confianza con que quiero exponerme con vos, puesto que no dudo someter tales argumentos á vuestra consideracion. Pero os he cansado mucho tiempo; añadiré, sin embargo, una palabra. No imaginéis que los argumentos que me aventuro á exponeros, los sugiero á la España. Estoy muy lejos de esto; respecto de la seguridad personal del rey, hemos hablado tan terminantemente como podeis desear, ó como vos mismo podeis hablar; y creo en verdad que en ello no hay peligro alguno. En cuanto á su prerogativa, no hemos disfrazado nuestra opinion de que debia ser extensa, y no dejo de abrigar esperanzas de que la intencion sea revisar la constitucion, pues estoy seguro de que han sido reconocidas sus imperfecciones. Pero ¿pueden los españoles prometer esta revision so pena de invasion? ¿Poneos en su lugar? ¿Cederia la Francia á semejante amenaza? ¿Lo haria?

Pero nuestro lenguaje á España está tan lejos de ser un lenguaje de estímulo; que me atrevo á asegurar que puede especialmente atribuirse al consejo de sir William A'Court que las comunicaciones hechas por las tres potencias no hayan sido seguidas inmediatamente por el envio de los pasaportes; y mientras escribo estas líneas, recibo despachos de Madrid, del 10, que me comunican que el gobierno español se ocupa en discutir si reclamará nuestra mediacion cerca del gobierno francés. ¿Querreis rechazar la eventualidad de que esta gestion dé por resultado explicaciones satisfactorias y la paz? Espero que no.

Así, pues, por ahora, adios.

CANNING.

M. Canning á M. de Chateaubriand.

Foreign Office, enero 24 de 1825.

Puedo cumplir la promesa que os he hecho en mi última carta, y trasmitir á sir Carlos Stuart, por el

correo de hoy, una nota del gobierno español á sir William A'Court, en demanda de nuestros buenos oficios, para impedir la guerra. Confieso que las seguridades contenidas en esta carta me tranquilizan respecto de los puntos sobre que abrigaba temores, especialmente en cuanto á la familia real de España. De todas maneras, esta nota pide una discusion, y espero conoceréis que es enteramente imposible desechiar las proposiciones.

M. Jakson, que ha traído los despachos de sir William A'Court, y regresa á Madrid con los míos, tiene la órden de esperar en París vuestras resoluciones y de encargarse de todo lo que podeis decir á sir William A'Court. Servios de este como si os perteneciese. Ya no hay temor en Madrid de una mala inteligencia. Yo le escribo, por el contrario, que se comunique sin reserva con M. de La Garde, si todavia está en Madrid (como espero estará), y si no que se considere como su sucesor en todo lo que pueda convenir al gobierno francés.

¡La paz! ¡la paz! ¡la paz! Esta está todavia á vuestro alcance, con honor y con seguridad. Pero sea cual fuere el sesgo de los acontecimientos políticos, seré siempre, mi querido vizconde, vuestro amigo y vuestro servidor,

CANNING.

M. de Chateaubriand á M. Canning.

Paris, 27 de enero de 1825.

Si algo, mi querido amigo, pudiese hacerme cambiar de opinion en cuanto á la política que la Francia debe seguir, seria ciertamente vuestra carta del 23; no conozco cosa mas apremiante ni elocuente; pero deja en pié toda la dificultad.

Ambos convenimos desde luego en que la constitucion española debe sufrir modificaciones; pero vos creéis que estas deben ser introducidas por el gobierno español. ¿Qué tiempo señalais á este cambio tan deseado? ¿Cuántos meses y tal vez años se necesitaran para que podamos abandonar sin peligro estas medidas preservadoras aprobadas por el mismo duque de Wellington? ¿Podemos prolongar en un porvenir incierto este estado de malestar y de violencia en que nos ha colocado la revolucion española? Sir Carlos Stuart me ha entregado vuestra carta del 24 y la copia de la nota á M. San Miguel. ¿Qué he encontrado en esta nota? Que el gobierno español se mantendrá invariable en sus sentimientos; que si hay defectos en la constitucion de las cortes, la nacion los corregirá cuando y cómo lo tenga por conveniente; y, en fin, que el gobierno español reclama los buenos oficios de la Inglaterra. ¿Para qué? ¿Para que nos determine á disolver nuestro ejército de observacion! ¿No es esto una proposicion tan insultante como burlesca, y se puede empezar una negociacion sobre semejante base? Ya lo veis, mi honorable amigo: se quiere llevarnos al extremo. No nos callaremos poniéndonos bajo los piés de las revoluciones; sabemos demasiado por experiencia lo que esto cuesta, para que nos sometamos á la anarquia y capitulemos al pié de los cadalsos. Queremos la paz y la invocamos ardentemente, pero no la queremos con la revolucion. No queremos que se trate todos los dias de corromper á nuestros soldados y sublevar nuestros pueblos. ¿Y creéis que la Inglaterra está menos amenazada que la Francia por los clubs de Madrid? ¿No teneis vuestros radicales, como nosotros tenemos nuestros jacobinos? ¿Vuestro poder aristocrático es menos objeto de odio para los modernos niveladores, que la fuerte prerogativa real de nuestra monarquia? En Madrid tenemos un enemigo comun; unos soldados legisladores pueden, en Londres como en Paris, declarar cuando quiera que es preciso regenerar nuestras instituciones,



destruir nuestras dos cámaras, y establecer la soberanía del pueblo por la independencia de las bayonetas.

El rey ha llamado á su representante en Madrid. Sir William A'Court es, pues, el único representante de las cinco grandes potencias, y de muy buen grado nos entregamos á sus buenos oficios, para todo lo que conserve á la Francia la paz con el honor; sin embargo, continuaremos nuestros preparativos de guerra. El tiempo que trascurrirá desde el día en que os escribo hasta el en que rompamos las hostilidades (si estas son inevitables), basta todavía para entenderse y arreglarlo todo. Vamos, pues, mi honorable amigo, emplead los recursos de vuestro talento para inducir á los españoles á que dejen á su rey la facultad de entenderse con ellos para modificar sus instituciones. El día en que me anunciéis este resultado de vuestros esfuerzos, será el mas hermoso de mi vida. Como quiera que sea, nada alterará la alta estimación que profeso á vuestro país, ni mis afectuosos sentimientos hacia vos.

CHATEAUBRIAND.

M. Canning á M. de Chateaubriand.

Foreign Office, 27 de enero de 1825.

M. de Marcellus me ha lisonjeado estos cuatro días, mi querido amigo, con la noticia de un correo que debía llevarle las mas importantes comunicaciones. Pero el correo no llega, y no puedo dominar por mas tiempo mi impaciencia; envío, pues, antes del día señalado, un correo á sir Carlos Stuart, para decirle que, por su parte no dá atención alguna al órden establecido de nuestra correspondencia, y me diga sin demora lo que se ha hecho y se hace actualmente en París. Mañana es para vos un día de una importancia terrible. Dios quiera que pase sin una declaración de guerra, y aun esto seria lo mejor.

¿Es posible que todo lo que ha llegado á mi noticia, por otros conductos, acerca de la excesiva popularidad de la guerra en Francia, sea cierto, y que todavía os inclinéis al partido de la guerra? Por vos no os entiendo á vos individualmente, porque estoy seguro de que seriais favorable á la paz, si no tomáseis la guerra como una elección entre muchas calamidades. ¿Y qué desgracia puede ser mayor que hacer la guerra con un pueblo que no la quiere, contra otro pueblo que lucha por su existencia nacional? Os ruego consideréis esta cuestión: ¿Cuánto tiempo os sostendrá el honor, con que contáis, y que concedo es el principal resorte de la energía francesa, entre las penosas dificultades y los detalles sin gloria de una guerra de avanzadas y guerrillas?

Hemos visto en nuestra época muchos momentos de crisis y alarma; muchos de que pendía el destino de las naciones; pero protesto que no recuerdo circunstancia alguna en la cual hayan, en mi concepto, dependido tantas dificultades de una simple decisión. Esta decisión está hoy en vuestras manos. Cuando recibáis esta carta será (bajo un punto de vista), demasiado tarde. ¡Ojalá que esta decisión haya sido tal que haya dejado satisfecho vuestro ilustrado juicio, decisión tan segura como honrosa para la Francia, y por consiguiente, saludable á todo el mundo!

Espero que ahora os dareis por satisfecho con nuestra conducta. Los informes públicos me hacen conocer que vos (repto que no hablo de vos, M. de Chateaubriand, sino de la Francia) no podeis llevar en paciencia que nosotros negociemos la paz entre un Borbon y un Borbon. En nombre de Dios, ¿por qué? ¿No hemos negociado entre un Borbon y su pueblo? ¿Y habeis tenido razon para sospechar de nosotros, en aquellas circunstancias?

El mismo M. de Marcellus se sorprendió de esta de-

claración, y acaso no la creyó sino á medias; pero lo que ha sabido el martes y lo que ahora oye diariamente, le ha satisfecho, me atrevo á decirlo, de la rectitud de mi opinión. ¡Cómo! preguntareis quizá; ¿la Francia está de tal manera sujeta á la voz pública de Inglaterra? ¿No está allí para asegurar su honor, y para mantener su seguridad, si la Inglaterra le hace una objeción acerca del modo con que quiere llevar á cabo sus proyectos? Lejos de mí el aventurar semejante doctrina; pero me atrevo á asegurar que bajo los dos puntos de vista, el juicio de la Inglaterra no puede ser del todo indiferente á Francia. Como un pueblo moral é ilustrado, no puede ser indiferente á que la nación inglesa, pesando en la balanza la causa de la Francia con la causa de España, decida que los pretextos á que la Francia recurre para la guerra, son frívolos y que la agresión que medita es injusta; demuéstrese desde luego á la Francia que durante esta guerra (si desgraciadamente tiene lugar) las victorias seran causa de sentimiento y los desastres motivo de alegría para un pueblo enteramente amigo. Aun hay mas: no puede Francia ver con indiferencia que la guerra de España es considerada por el sentimiento instintivo del pueblo inglés (á quien el gobierno nada ha dicho sobre el particular y que por el contrario debe suponer que el gobierno opinaba de diverso modo) como afectando muy de cerca los intereses de Inglaterra.

En verdad no sé para qué amigo mio, se han de hacer revivir los recuerdos de aquel tiempo en que la península era teatro de nuestras desavenencias y de nuestra rivalidad. ¿Para qué se ha de volver á la guerra de sucesión y al pacto de familia? M. de Montmorency evitó ese inconveniente cuando preguntó al plenipotenciario inglés en Verona qué apoyo moral ó material, daríamos á la Francia si llegaba á verse irremisiblemente comprometida en una guerra contra España, guerra que (dicho sea de paso) era representada en todas las cuestiones que se suscitaban en Verona como puramente defensiva por parte de la Francia.

¿Valia la pena de cambiar esas cuestiones europeas en cuestiones inglesas con el designio de volverlas contra Inglaterra? ¿Se ha escapado á vuestra observación que esa era la nueva luz que el discurso del rey de Francia ha derramado sobre esas cuestiones?

Ahora no monteis en vuestro caballo de batalla y vayais á decirme: ¿Pero ante todo qué tenemos que ver con la malevolencia, ni aun con la hostilidad de Inglaterra? No hay malevolencia y Dios nos libre de que haya hostilidades. Somos tan pacíficos como unos corderos; tenemos necesidad de la paz para nosotros mismos, para todo el mundo, y en especial para vosotros, vecinos nuestros, porque una triste experiencia nos ha enseñado el peligro á que nos exponemos; *paries cum proximus ardet*; pero en esas pacíficas disposiciones nos lamentamos muy pacíficamente de que nos hayais dado una tarea casi tan difícil como la que habeis dado á los españoles. Habeis hablado alto delante de todo el mundo de asuntos, que para guardar una estricta é inalterable neutralidad, nos habríamos debido poner en disposición de considerarlos como envejecidos y caducados ya.

Habeis aproximado dos épocas, que por mucho tiempo han permanecido como diversas en nuestros ánimos; la guerra en favor de la España contra Bonaparte, de la cual sin duda alguna no hemos olvidado ni el principio ni el fin, y la guerra de hace un siglo, cuyo origen seria tal vez la última cosa de que quisiéramos acordarnos,—no siendo su conclusion. Pensamos que seria duro, despues de haber agotado nuestra sangre y nuestros tesoros en una guerra de seis años contra la Francia para establecer los Borbones en el trono de España, recordar que hubo un tiempo en que Francia los colocó á pesar nuestro.

Pienso realmente que habria sido mas oportuno decir que la guerra hubiese sido enteramente europea, como M. de Montmorency la habia dejado, que no alterar su condicion y convertirla en enteramente francesa en el sentido que ahora trata de darse á esa palabra.

Nos hallamos muy dispuestos á reconocer la distinción entre europea y francesa en tanto que vuestra vecindad y por consiguiente vuestra oposicion al peligro del contagio, distinguiere vuestro derecho de mezclaros en los asuntos de España, del de los pueblos de un continente mas lejano. Pero cuando se cita como causa de intervencion el parentesco de las razas, no podemos menos de recordar que la última guerra francesa en España (de la cual salimos vencedores) fue emprendida por la Francia para expulsar esa raza, y no llevamos á bien que se nos recuerde que la anterior guerra francesa (en que fuimos vencidos) fue declarada para introducir aquella misma raza. Habríamos podido olvidar la batalla de Almansa despues de haber restablecido á Fernando de Borbon por la batalla de los Pirineos.

Ademas, volviendo á lo que decia en una de mis anteriores, si ese parentesco es en gran parte causa de vuestra invasión en España (invasión que toda la Europa, menos las potencias reunidas en Europa, está conforme en considerar como una calamidad); por qué al anunciar la causa, no indicais el remedio? El Austria, sea por falta de tino, sea por falta de buena intencion, ha recordado á los españoles los tiempos felices que precedieron la traslación de la corona de España á la casa de Borbon; y el remedio que hemos aplicado en 1688 á un mal gobierno, es demasiado vivo y está demasiado presente á nuestra vista, para que pudiéramos hacer ninguna objeción á semejante expediente si la península llegara á adoptarlo. En verdad, en verdad, apreciable amigo mio, que habeis provocado cuestiones las mas embarazosas.

¿Y cuál es el resultado á que semejantes reflexiones conducen? Desde luego á uno solo, á uno solo practicable y provechoso: á la paz, á la paz, si ante del discurso del rey he pensado que este era el medio mas deseable para la Francia (lo mismo que para todo el mundo), con mayor motivo lo pienso despues de aquel discurso. ¡La paz con honor! Vuestro honor consiste seguramente en obtener seguridades, seguridades contra los peligros á que decís que vuestra vecindad os expone. Sea así en hora buena y trabajaremos juntos y por vosotros, á fin de obtener esas seguridades; os aconsejamos tomarlas por minuciosas que sean; os aconsejamos pocas son las que los españoles pueden dar, aunque lo quisieran. Pero nuestra opinión es que al tomarlas las exagereis mucho; que vacilareis que son suficientes para justificar la cesación de vuestros preparativos de invasión y para dejar las armas, si es que por esto entiendo M. de Villele el retirar el ejército de observación.

Dejad á la revolucion española consumirse en su propio cráter: no temais la erupción si no abris paso á la lava al través de los Pirineos.

Tal es mi opinión dada franca y sinceramente. Lord Liverpool me ha dicho que pensabais tambien de la misma manera antes de haberos retirado de este país durante el verano: siente vuestro cambio de modo de pensar y se admira de que haya ocurrido.

Aun no es tarde para salvar al mundo de una serie de calamidades. La llave del abismo está todavía en vuestras manos: abridlo ¿quién podrá calcular á dónde llegará la devastación? «El principio de las disputas es como la erupción de las aguas», dice la sabiduría inspirada. El genio es pariente de la inspiración: deseo que este momento pueda aprovecharse de la advertencia de la parábola y contenerse.

Soy para siempre, mi querido amigo, vuestro amigo y admirador

CANNING.

Mr. Canning á M. de Chateaubriand.

Londres, febrero 7 1825.

Hoy apenas sé cómo escribiros, mi querido señor de Chateaubriand; vacilo entre el deber de la sinceridad y el temor de la ofensa hasta el extremo de casi estar resuelto á no escribir. Pero de esa manera siempre subsistirian en pié las mismas dificultades, y en tal caso, lo que terminaria es nuestra correspondencia. Esto hablando tan sin lisonja para vos, como sin vanidad por lo tocante á mi persona, seria en la crisis actual de negocios una desgracia, no diré nacional, sino europea. Por lo tanto me resuelvo á escribir y á escribir la verdad, exponiéndome, así lo temo, á alguna mala inteligencia, y al peligro de parecer desagradable, pero sin otra intencion (*ita me Deus adjuvet*) que la de mirar por vuestra conveniencia y vuestro honor, como por el mio, y por los intereses de nuestros dos gobiernos, y finalmente, en la persuasión de que si deseais mi consejo no por eso dudareis de mi amistad.

¡Pues bien! principiando por lo mas desagradable que os tengo que decir, os manifestaré que habeis encontrado contra la Francia todas las opiniones de este pueblo como si fueran las de un solo hombre. Habeis exitado contra el actual soberano de ese reino los sentimientos que en 1808 se dirigieron contra el usurpador de Francia y España; aun mas, el asentimiento, fuerza es decirlo, es hoy mas perfecto que lo que entonces lo fue, pues entonces los *jacobinos* se resistian á blasfemar de su ídolo, y hoy, ellos los *whigs* y los *torys* desde un extremo al otro del país, son de la misma opinión. Es indudable que una explosión espontánea y universal de sentimientos nacionales debe inspirar á todo hombre ó á toda masa de hombres que obra en opuesto sentido dudas acerca de si obra bien ó mal. En esta ocasión no ha sido el gobierno el que ha dirigido al público, sino por el contrario. El lenguaje del gobierno ha sido particularmente mesurado, lleno de templanza, y se ha mantenido en reserva mas que generalmente acostumbrado; de manera que la masa de la nación estaba en suspenso, por lo tocante á las opiniones del gobierno, y que la parte de la prensa diaria que le está habitualmente consagrada, se encontraba (por razones conocidas tal vez mejor de ese lado de allá del mar que por este) inclinada en un sentido directamente opuesto. No puedo decir que me haya sorprendido semejante efervescencia. M. de Marcellus os habrá dicho que yo la estaba esperando, y que le habia asegurado hallarme convencido de que si la palabra *neutralidad* hubiera figurado en el discurso, habríamos tenido que combatir los esfuerzos combinados de todos los partidos de la cámara de los Comunes, para hacerla suprimir. Aun cuando nos rechaceis ¿quien os impide el negociar por vosotros mismos? Pero por lo menos negociad antes de combatir.

Soy para siempre, mi querido señor de Chateaubriand con la amistad y admiración mas sinceras, vuestro enteramente afecto

CANNING.

Comunicación del embajador de Rusia.

Extracto del despacho ruso al general Pozzo de Borgo en 15 de marzo y de las piezas unidas á él.

El emperador se lisonjeaba de que la moderación prevaleceria en los consejos del gobierno inglés y que no queria por un rompimiento con la Francia exponerse á destruir todos los lazos que lo unian con el continente. Mas si contra lo que era de esperar la Inglaterra declaraba guerra á la Francia para impedir que esta pudiese hacer á España el mas esencial de los servicios, S. M. I. autorizaba á su embajador á